

# Funeral Papa Francisco

## Queridos hermanos,

Nos reunimos hoy para ofrecer esta Santa Misa de funeral por el eterno descanso de nuestro Papa Francisco.

Nuestra fe nos dice que cuando celebramos la santísima Eucaristía está siempre presente la Iglesia entera, la universalidad de los fieles, vivos y difuntos; porque en la comunión del Cuerpo de Cristo se resumen todos los dones. Y así, en la más humilde celebración eucarística se unen cielo y tierra, está presente Dios mismo, el Señor Jesús y la obra de la salvación del mundo.

Hoy aquí está significada también visiblemente la unidad de todos los fieles, que surge y es fruto culminante de la Eucaristía, del don del Señor; y que se realiza siempre en un lugar, en una Iglesia particular, como manifiesta hoy esta celebración. En ella entramos en la plena comunión de toda la Iglesia, en la que no existen fronteras, ni discriminación alguna por motivo de raza, cultura o condición social. Pues bien, ser principio y fundamento visible de esta unidad universal es el ministerio propio del sucesor de Pedro, que fue encomendado a Francisco.

La unidad de los fieles es fruto del don del Señor, de su muerte para el perdón de los pecados y de su resurrección, por la que nos da un Espíritu nuevo, el suyo, de verdad y de amor. El papa Francisco proclamó desde el inicio esta prioridad radical, este "primerear" del Señor Jesús, que se entrega por aquello que, en cambio, es lo más fácilmente minusvalorado en el mundo: el corazón sencillo, pobre, abierto a Dios y a los hermanos, que sabe ver a quien está al lado en el camino, especialmente si está cansado o herido; el corazón que da el valor primero a la verdad, a la justicia, a la misericordia, que no se vende por un plato de lentejas, sino que confía en el Señor y quiere guardarse fiel a Él.

Esta certeza dominaba el ánimo y la palabra de Francisco: la prioridad del pobre de corazón, de la persona en su verdad y sencillez. El amor del Señor ha hecho brillar para siempre esta dignidad primera de la persona, que, convertida en criterio de vida y de acción, es el bien más grande, lleno de fecundidad verdadera, capaz de generar humanidad, la cultura de todo un pueblo; y de salvaguardarla. Defender al "pueblo santo de Dios", comprender la fe como generadora de cultura, de vida, de realidad popular, ha sido parte esencial y característica de la labor pastoral de Francisco.

Él no se ha cansado de invitar a la Iglesia a mirarse a sí misma desde la cruz de Cristo, lugar del más pobre, y a entender su misión desde las "periferias" sociales y existenciales y no a partir de los centros de poder de este mundo.

Y ha querido poner en el centro igualmente la unidad visible de los fieles, la realidad constatable de este Pueblo de Dios, al que ha querido dar la preferencia siempre.

Esta unidad de la Iglesia, como fraternidad vivida y católica, de vocación universal, es expresión culminante del don del Señor, que venció la incredulidad y la obstinación, que perdonó los pecados y superó el odio y las divisiones con su Espíritu de caridad.

La Iglesia fue desde el inicio comunidad de discípulos –que siguen a su Maestro, a Jesús–, enviados al mundo por el Señor, y por tanto "discípulos misioneros". Existió siempre como comunidad de rostros y nombres concretos, una compañía real, que el Señor Jesús había conformado durante su vida pública y reconstituyó de forma definitiva tras su resurrección.

De esta fraternidad "apostólica", que viene de Jesús, nos habla siempre el sucesor de Pedro. A esta "comunidad", a esta "Iglesia" nacida en Galilea y en Jerusalén, pertenecemos; a aquella que Jesús encomendó a Pedro y a los Doce, a la que sigue celebrando el memorial instituido en la Última Cena, goza del don del Espíritu Santo y guarda la esperanza de la vida eterna.

El papa Francisco ha puesto gran insistencia en promover esta "unidad vivida" de los fieles cristianos, de los bautizados. Nos ha invitado sistemáticamente a "caminar juntos", escuchando dócilmente la Palabra de Dios y escuchándonos también unos a otros, permaneciendo apegados a la realidad, sin escapar de los dolores de nadie; para procurar luego discernir también juntos la respuesta justa, la acción adecuada, la manera de vivir según la fe, y acompañarnos, consolarnos y cuidarnos mutuamente.

Esta invitación sigue resonando, como una verdadera prioridad para la Iglesia. De hecho, nos trae a la memoria lo que somos y quizá descuidamos, lo que nuestros mayores han vivido hasta hace bien poco como una evidencia: una fe compartida en los hogares, las casas, las aldeas, las parroquias, en las alegrías y las penas.

No olvidaremos esta exhortación del papa Francisco, que nos invitó con fuerza a respetar la propia tradición, nuestra religiosidad popular, a cuidar la forma en la que la fe se hizo vida y cultura en nuestra tierra.

No olvidaremos su enseñanza sobre la prioridad del Evangelio, de la vida y la misión de la comunidad cristiana; su insistencia en que, sobre todo en nuestro mundo occidental, hemos de saber renovar formas envejecidas y poner en cuestión dependencias socioculturales que ya no sirven a la vida de la Iglesia, que ya no la ayudan a entrar en diálogo con una sociedad de cambios profundos, con gentes y lenguas que vienen de otros continentes y otras tierras.

Hoy encomendamos al papa Francisco al abrazo misericordioso del Señor, que le vino al encuentro, como en la vocación de Mateo, miserando et eligendo. Este ha sido para él siempre el don primero, el principio y fundamento. En realidad, lo es para todos los que somos fieles cristianos, conocido cada uno de nosotros por su nombre, con una propia vocación y misión en esta vida. Que el legado de Francisco nos dé a todos audacia para confiar realmente en el amor del Señor y afrontar con libertad de corazón los desafíos de nuestra época cambiante.

Cuando celebremos cada domingo la Eucaristía, nos sabremos, como siempre, en la gran comunión de vivos y difuntos, del Cuerpo de Cristo. En ella estará Francisco, por el que rezaremos y que, llegado a término, intercederá por nosotros.

Hoy presentamos al Padre el alma, la vida y el ministerio de Francisco, uniéndolo al don de sí realizado por Cristo en la cruz para la salvación de todos. Es la mejor manera de expresar nuestro cariño, nuestro deseo de su bien definitivo, de que Dios premie todos sus trabajos a favor de la Iglesia, y de darle gracias a Dios por el don de su persona y su ministerio.

Pidamos finalmente a la Virgen María que interceda por su hijo Francisco, como abogada suya; que su amparo materno lo acompañe al ser presentado ante el Señor, que en la cruz quiso dárnosla a todos y, por tanto, a él, a Francisco, como madre.

Y pidamos que vuelva sus ojos de misericordia también a nosotros, a su Pueblo, que peregrina en la esperanza; para que el Señor nos guarde siempre en la fe y nos dé la gracia y los dones de su Espíritu, para que sepamos vivir unidos en la caridad, permaneciendo en la comunión visible de la Iglesia, en la que, por providencia divina, nunca faltará el ministerio del Sucesor de Pedro.

+ Alfonso,  
Obispo de Lugo